

CARTA DEL CARIBE

# HABLANDO DE MUSICA CON PABLO CASALS

SAN JUAN DE PUERTO RICO. (ESPECIAL PARA «LA VANGUARDIA»)

Por encima de la cabeza del maestro hay un cuadro precioso. Un Watteau.

—Le va a usted, maestro, ¿no es el XVIII su siglo favorito?

—¡Ah, sí! —se quita la pipa de la boca y gesticula con ella—. Sí, no hay la menor duda. Es el siglo de Bach.

—Que para usted es el músico más importante que ha habido nunca...

—¡Naturalmente! —me mira como si le extrañara la pregunta—. Bach lo es todo.

—En lo clásico...

—¡Y en lo romántico! Si romanticismo es sentimiento, ¿dónde hay más sentimiento que en Bach?

—Pero, maestro, cuando empecé a oír a Vivaldi, me pareció que la originalidad de Bach disminuía un poco.

—En aquel tiempo —la pipa de Pablo Casals me apunta como una pistola, sus ojos azules vivos y alerta— era distinto de ahora... todos eran unos grandes ladrones.

—¿Ladrones?

—¡Todos! Cada uno cogía lo que más le gustaba de un compositor anterior y no le daba la menor importancia. Bach arregló conciertos de Vivaldi para órgano y luego tomó de él lo que le convenía. Eso lo puede hacer el genio y nadie más. Y Bach lo era. Sí —se reclina hacia atrás mirando al aire—, en Bach está todo.

Al otro lado de una reja se ve el mar azul. Hace calor, un calor tropical, en los meses que los portorriqueños llaman «imvernazo», supongo que no con



intención de aumentativo. Ha entrado la joven y bella señora Casals, que fue de Puerto Rico, su patria, a estudiar violoncelo con el maestro en Prades y se lo trajo a su isla como esposo. (La otra razón sentimental de la venida del maestro a Puerto Rico es el recuerdo de su madre, también portorriqueña, mujer de tanta sensibilidad artística como sentido práctico que «vivió» desde siempre las inmensas posibilidades del muchacho y dedicó su vida entera a que éstas pudiesen desarrollarse.)

El maestro habla ahora de orquestas.

—Se llamaba Orquesta Pau Casals. La tuve contra viento y marea, no crea que fue fácil, durante catorce años. Gasté en ella más de cuatrocientos mil dólares.

—De entonces...

—De entonces. Era una orquesta estupenda, porque se hacían las cosas en serio y se ensayaba a fondo. Fue la primera vez que en Barcelona tuvieron la agrupación que la ciudad se merecía. Y ya ve usted, no se acuerdan de ella...

—No diga eso, maestro. En Barcelona ha tenido siempre un público apasionado de su arte.

—Como intérprete... Pero la creación de esa orquesta, se lo aseguro, no ha dejado el eco que merecía.

—¿Cómo está la música en España?

—Hay más afición porque también hay más orquestas. En mi tiempo apenas había...

—Para mi hambre de música sólo tenía la Banda Municipal en el Retiro —apunta Matilla, que ha sido mi amable introductor.

—Monasterio fue el gran patrocinador de música en Madrid —señala Casals—, extraordinaria persona y gran conocedor.

—¿No cree usted que la intelectualidad española en general está muy al margen de la música?

—Pero hombre —dice Matilla—, Baroja en una de sus novelas dice textualmente, hablando de una muchacha, que tocaba a menudo. «Valses de Chopin, siempre vals de Chopin. ¿Cuándo se decidirá a tocar vals de Beethoven?»

El maestro se ríe como un niño. «Valses de Beethoven». Vuelve a llenar la pipa. Los americanos dicen de quien es aficionado a la jardinería que tiene el «pulgar verde». No hay más que ver el color del maestro para saber que la pipa ha estado en sus manos tanto tiempo como el arco del «cello».

El humo de la pipa sube. Las paredes están llenas de recuerdos de su carrera. Una fotografía gigantesca en color representa el acto de la Casa Blanca en que Casals tocó para el presidente Kennedy, su esposa y un grupo de selectos invitados. Pienso que con el político se fue también un protector y amigo del intelectual y el artista. Johnson no tiene aspecto de elegir a un poeta para recitar el día de la inauguración como hizo el asesinado.

Casals habla ahora de músicos famosos. Su existencia ha sido tan larga y su carrera tan brillante que menciona a los consagrados por la fama como a unos muchachitos, porque así eran muchos cuando los conoció.

—Ravel era joven, con aire delicado y tímido. Le conocí cuando vivía en París y le animé a que tocara algo de su creación. Tuve que insistir mucho para que se sentara al piano. Lo que tocó era «Pavana a una infanta difunta». Me quedé admirado. «Eso es muy bueno» le dije. «¿Cree usted?» No sabía si le hablaba en serio. Luego Debussy lo estropeó.

—¿Cómo?

—Moralmente digo. Debussy era un niño bonito, un descarado. No hacía más que tirar el dinero y su informalidad era tremenda. Ravel creyó que había de ser así para triunfar y quiso imitarle.

—Debussy —interviene Matilla— era hombre difícil y tuvo muchos disgustos en la vida. Sabrá usted que el escritor Maeterlink le abofeteó.

Casals se quita la pipa de la boca asombrado.

—¿Sí? ¡Hombre, me alegro!

Ha sido una maravillosa reacción. Cuando un hombre como Casals vive en el seno intemporal de la música los nombres se colocan en función de su importancia y no de su cronología. Su comentario ha sido como si la bofetada hubiera ocurrido ayer.

Nos despedimos. El maestro nos acompaña amablemente hasta la puerta. A los ochenta y siete años está ágil, seguro de sus pasos, de su vista y ¡par... qué vamos a hablar de su oído?

Fernando DIAZ-PLAJA